



## REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 30.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

## SUMARIO.

**Historia de un pobre Ángel**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Una herencia de llanto**, por id.—**Ave Maria**, poesía por Don Emilio Serrano García.—**Solo un Dios y solo un culto**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

## HISTORIA DE UN POBRE ÁNGEL.

Á los niños que leen **La Madre de Familia**, dedica este sencillo artículo,

su Autora.

Hijos míos, ángeles de mi corazón, brisas templadas y suaves que refrescáis la frente de vuestras madres con el aliento de vuestros labios; claridades apacibles que ilumináis el cielo del hogar, con la luz de vuestra mirada, hoy voy á escribir para vosotros solo.

Almas inmaculadas, tierra virgen aún, y no mezclada con el impuro lodo de este mundo, en tí voy á depositar la semilla de mis palabras, y quisiera, á costa de mi vida, que fuesen fecunda en ternura, en sentimiento, en bondad.

Escuchadme bien, hijos míos: voy á contaros

la pequeña historia de un niño bueno como vosotros, y en ella aprendereis á tener compasión de los indigentes, y dar gracias á Dios porque os ha librado de los grandes dolores que la miseria y el hambre llevan en pos.

También os haré ver que los favores de la fortuna son movibles como las olas del mar, que unas veces parece que quieren alzarse hasta las nubes, y otras hundirse en los abismos; pero que siempre se truecan en espumas frágiles y livianas, que se deshacen al leve contacto de la mano.

Oídme, pues:

Había una familia muy corta y muy honrada, compuesta solo de un matrimonio joven aún, y de un niño hijo suyo, bueno y hermoso como un ángel del Señor.

Ángel también era su nombre.

El trabajo de su padre apartaba la pobreza de su modesto hogar, y el amor y los cuidados de su madre le embellecían, tornándole en nido de flores y paz.

Como Ángel era el orgullo y la esperanza de sus padres, estos soñaron para él mejor porvenir, y lejos de dedicarle á un oficio penoso, quisieron consagrarle al estudio, ancho campo don-

de la inteligencia y la perseverancia pueden cojer hermosos frutos.

El padre dobló sus afanes, la madre aumentó sus economías, y el niño tuvo libros, y tuvo maestros, premiando con su aplicacion aquellos desvelos.

La felicidad y el bienestar le sonreian, como quizá os sonríe á vosotros.

Más, ay! que la muerte no se asocia jamás á nuestros proyectos, y escoje sus víctimas sin contar las esperanzas que destruye!

El padre de Ángel fué atacado de una terrible enfermedad que en pocos dias le llevó al sepulcro, dejando á la amante esposa viuda, y al niño inocente huérfano.

Referir la amargura y el duelo que inundaron al par aquellos dos corazones, seria tarea superior á mis fuerzas.

¿Qué voz remedará exactamente la airada voz de la tormenta? qué acento imitará el acento del trueno cuando zumba en el espacio? qué palabra expresará el sentimiento del alma, cuando el alma se desgarrá ante la pérdida irremediable del objeto de nuestro amor?

Ninguna! es imposible!

Ángel lloró en el seno de su madre, y su madre no murió porque queria vivir para aquel hijo de su alma; pero ambos perdieron su bien en el mundo.

La triste viuda, que llevaba el nombre de la Madre de Dios, enfermó sin embargo, y á pesar de sus esfuerzos y de su lucha contra el mal, cayó postrada, y sintió que sus piés se paralizaban y que sus piernas se negaban á sostenerla.

La infeliz despues de algunos meses de sufrimientos y dolores quedó baldada enteramente.

Poco á poco y gastándolo en inútiles medicinas y en alimentos escasos, se consumieron sus pequeños ahorros.... despues.... despues, hijos míos, se vendieron los muebles, las ropas, todo! hasta los libros queridos de Ángel, aquellos libros que encerraban un mundo de esperanzas para él!

Cuando por algunas monedas de cobre dió el último que le quedaba, dos anchas lágrimas, claras y silenciosas, rodaron por sus mejillas, y el pan que compró con aquellas monedas, le pareció muy amargo y muy caro; pero ¡ay! qué iba á hacer un niño que solo contaba diez años de edad!

El infeliz habia soñado con una ventura sin igual. Habia llegado á creer que algun dia, á fuerza de estudios, de virtud, de constancia, llegaría á conseguir el punto mas elevado, la mision mas alta, la dignidad mas grande que obtiene el hombre sobre la tierra: la de ser minis-

tro del Dios de paz y amor, que evocó el mundo de la nada, y que sobre la nada le sostiene con el solo poder de su palabra.

Oh! cuantas veces, en dias mejores, habia sonreído ante esta idea! cuántos dulces proyectos, cuántas esperanzas halagadoras habian alimentado el tierno hijo y los amorosos padres!—Entonces, habia dicho mil veces Ángel, sentado sobre las rodillas de María; entonces no nos separaremos nunca: mi existencia se dividirá en dos mitades, una para Dios y otra para los que me han dado la vida; mi alegría será ver tranquila y asegurada su vejez. Oh! qué felices vamos á ser, y qué envidiada nuestra suerte!

¡Pobre niño, y cómo sus ilusiones habian muerto en un solo dia!

Y el desgraciado veia ahora á su madre postrada en una dura cama, habitando un pequeño cuarto bajo, oscuro y húmedo, desmantelado, sin ropas, sin abrigo, sin pan á veces.

Ángel no podia ser mas infeliz.

Intentó buscar un oficio; pero para todos era preciso un largo aprendizaje, y él necesitaba prontos socorros para su enferma madre.

Yo no sé cómo, hijos míos, ni sé tampoco cuándo, pero aquel niño, criado entre el mimo y el regalo, vió á otro niño, casi de su edad, vendiendo un pequeño haz de leña, cogido por él y conducido sobre su espalda desde el lejano monte.

Ángel quiso imitarle; aquel dinero, ganado con tan ruda fatiga, hizo latir su corazon, y exclamó con anhelo:

—Tambien yo puedo coger leña y venderla para que mi madre no se muera de hambre.

Y aquella tierna y noble criatura, emprendió su calvario, y cargó sus hombros con aquella pesada cruz, que le imponia su miseria. Y todos los dias atravesaba casi una legua, y cogia su haz de leña.... y luego andaba, andaba hasta que la vendia en las casas de la ciudad, para llevar á su pobre morada algunos cuartos, que apenas bastaban para comprar pan.

Así pasó algun tiempo.

Y cada vez que María veia entrar á su hijo pálido, fatigado, con las pobres ropas hechas pedazos, con la purísima frente cubierta de sudor, y el aliento entrecortado, su corazon se hacia pedazos, pero no se desesperaba sino que alzando sus ojos al cielo,

—Señor, exclamaba; mayor fué el tormento de tu Santa Madre al verte morir por amor nuestro! y la infeliz devoraba sus lágrimas, bendiciendo á aquel niño modelo!

Pero el invierno, hijos míos, acrecia en crudeza y rigor.

Se acercaba la noche en que la cristiandad

celebra el Nacimiento del Hijo de Dios: esa noche en que todo es animacion y movimiento y gozo: esa noche en que la alegría y la abundancia inundan la casa del pobre, que trabaja todo el año, pero que gasta y canta en esas horas; y todo lo olvida para asociarse al regocijo de la Iglesia, que festeja al Niño Dios.

Por todas partes veía Ángel niños felices, cargados de juguetes y golosinas, de dulces y regalos.

Él nada tenía!

Miraba con tristes ojos en torno, y aunque no ambicionaba ninguna de aquellas cosas para él, las deseaba todas para su madre!

Los enfermos necesitan tanto mimo, tantos cuidados, y la pobre María estaba tan enferma!

Sin embargo, Ángel nada podía llevarla. ¡Valía tan poco su carga de leña; valía tan poco y le costaba al infeliz tanto!

¡Como que el pobrecito estaba descalzo y tenía que andar, ya os lo he dicho, cerca de una legua todos los días!

Ay! hijos míos, vosotros no sabéis cuánto sufren esos angelitos que asientan su tierna planta en el suelo sin que nada les resguarde del frío, del agua, de las piedras! vosotros no sabéis lo que es ir con los pies descalzos! La santa Virgen os libre de que lo sepáis!

Amaneció el veinticuatro de Diciembre.

El cielo estaba plomizo y oscuro: el viento era tan helado que había cuajado los arroyos, deteniendo su corriente y tornándolos en cintas de duro cristal.

En el hogar de Ángel no había calor ni consuelo alguno.

La enferma se arrebujaba entre las miserables ropas de su lecho, y sin embargo tiritaba.

El niño se acercó á ella, y al verla de aquel modo besó su frente mil veces, como si con la llama de su ardiente y purísimo amor filial hubiera podido calentarla!

Luego.... luego murmuró á su oído:

—No tenga V. cuidado, madre mía, que yo traeré hoy doble carga de leña y encenderemos fuego también.

—Hijo de mi alma! exclamó solo la pobre María.

Ángel salió de su casa con su espuerta al hombro, pero ¡ay! aquella espuerta se apoyaba en su espalda medio desnuda, hijos míos, porque el infeliz no llevaba abrigo ninguno.

¡Pensad como iría aquel triste niño!

Por desgracia, al cruzar una calle cercana, sintió un dolor terrible en uno de sus pequeños pies; se detuvo estremecido, tenía un cristal roto clavado en la planta!

De la ancha herida que acababa de hacerse brotó alguna sangre..... pero Ángel siguió andando ¡ay! ¿qué había de hacer?

Sin embargo, sufría mucho, y con los ojos llenos de lágrimas penso en el camino que aun le quedaba que recorrer.

—¡Ay de mí! dijo, no voy á poder llegar! si yo me atreviera.... si yo pudiese para mi madre alguna limosna, si alguien me socorriera, y no tuviese que andar tanto!

Al decir estas palabras Ángel había llegado á la ancha plaza donde se hallaba el mercado público.

Tiendas de frutas, de dulces, de hermosos juguetes le cercaban por doquiera.

La multitud le rodeaba por doquiera, y el niño en su afán tendió sus ojos buscando un semblante que le inspirase confianza para dirigirle una súplica.

Entonces y entre la gente que fluía por todas partes, distinguió un niño de su edad, muy hermoso, muy bien vestido, con los pies calzados de magníficas botas forradas de pieles, envuelto en un elegante y lujoso abrigo, y que seguido de un criado se adelantaba alegremente.

Aquella criatura á quien la fortuna había concedido todos sus dones, se llamaba Julio, era adorado de sus padres, y venía á gastar en muñecos y golosinas la suma de cinco duros que le habían dado aquel día como aguinaldo.

Ángel le miró con afán.

Pero no creais que en sus hermosos ojos se reflejó un sentimiento de envidia. No: en aquella mirada solo se traslucía una esperanza, en aquella mirada solo se encerraba una súplica.

Se adelantó temblando porque era la vez primera que iba á pedir una limosna. Se adelantó temblando y abrió sus labios..... pensó en su madre y extendió su mano á Julio balbuceando algunas palabras.

El niño rico se detuvo un instante indeciso al escuchar aquella voz, porque en su corazón pasaba una cosa, que acaso á vosotros os habrá sucedido también.

Sí, no tengo duda!

Decidme, ¿no habéis sentido alguna vez en el fondo de vuestro pecho un acento dulce y muy quedo que os aconsejaba obrar bien, mientras que otro igualmente imperceptible os estimulaba á hacer algo mal hecho?

Recordadlo y vereis que llevo razón!

Esas palabras tan contrarias nos las dicen al par, un querubín que Dios manda á nuestro lado y que desea nuestra salvación, y un espíritu malo que ambiciona perdernos.

El serafín, pues de su guarda, ese ángel tan hermoso que pone en nuestra alma la virtud, que nos aparta del mal, que nos inspira la caridad y la humildad y el amor y la fé, decia al oído de Julio estas tiernas frases:

—Mira á ese pobre niño! que ojos tan dulces tiene, que vos tan suplicante! es casi de tu edad, y esta desnudo y hambriento, mientras tú gozas de todos los bienes de la vida: sus piés gotean sangre, y se apoyan en las frias piedras, mientras tú los tienes envueltos en pieles: con una quinta parte del dinero que llevas podías socorrerle y remediar este mal: comprarías un juguete menos, pero yo escribiría esta buena accion en el libro de tu vida, y sentirías en tu corazon un goce mayor que los que hasta aquí has gustado: oye mi súplica; dale una de esas monedas de plata que llevas, que si con ella puedes comprar un juguete ó un dulce, con una buena obra se compra un cielo!

Julio, movido por aquellas santas ideas, iba ya á sacar de su bolsillo aquel dinero, pero su ángel malo queriendo manchar las flores de su alma,

—No, le dijo; no sacrifiques tus deseos por ese mendigo á quien no conoces, ¿qué te importan á tí sus dolores? si le das una de tus moneda no podrás comprar todo lo que ambicionas: aléjate de su lado, no le escuches; los pobres son unos seres despreciables con quien no debes cruzar tus palabras; sigue adelante, y cuando vuelvas á tu casa causarás la envidia de tus amigos, por que ninguno habrá podido obtener un nacimiento más hermoso que el que tu vas á comprar.

Julio, tentado por la vanidad, inspirado por el egoismo, aconsejado por la avaricia, dió oídos aquella voz, y se alejó de Ángel mirándole con insultante desden.

Ay! que obra tan hermosa y tan meritoria hubiera podido hacer, comprando un pobre calzado para aquel niño, con la cuarta parte de lo que poseía! Qué desgracia hubiera podido evitar! porque, vais á saber lo que aconteció despues.

Ángel, al ver su ruego desoido por aquel niño tan bello en apariencia, desconfió de los demás, temió que todos como Julio desatendieran su súplica y se alejó llorando de aquel sitio.

Pero el tiempo pasaba, empezaba á sentir su estómago desfallecido, y se acordaba que su enferma madre no tenia ni lumbré ni pan.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, sujetó con mas fuerza su espuerta, y echó á andar de nuevo á pesar de que la herida de su pié le causaba un terrible dolor cada vez que le apoyaba en el suelo.

¿Cómo pintaros, hijos míos, lo que aquella

desgraciada criatura sufrió en el camino?

Nó, yo no puedo!

Figuráosle vosotros, caminando solo, desamparado, azotado por el viento, desfallecido de hambre, caminando con mucho trabajo y clavándose la arena, y los guijarros en su abierta herida.

Figuráosle en medio del monte cogiendo su leña, sin fuerza, sin consuelo, sin compañía alguna, viendo acercarse la noche, porque habia andado muy despacio, y sintiendo sobre su cabeza la espesa nevada que habia empezado á caer.

Ay! pobre Ángel! si Julio hubiera escuchado su ruego, no estaria en situacion tan triste á tal hora y en semejante día.

La luz empezaba á desaparecer del horizonte, seguia nevando con más fuerza: el pié de Ángel se habia hinchado de un modo espantoso, y le era imposible andar.

—Dios mio, exclamó mientras dos lentas y dolientes lágrimas rodaban por su enflaquecida mejilla. Dios mio! que va á ser de mí, si no puedo volver á mi casa? ¿qué será de mi madre si no voy con ella yó?

Y dió algunos pasos más, pero se vió obligado á detenerse de nuevo.

—No puedo! murmuró con voz apagada; no puedo! y sin embargo ¡tengo miedo, y quisiera seguir!

Ángel intentó hacer el último esfuerzo, pero al fin exámine y vacilante se dejó caer al pié de un árbol.

Dió algunas voces que nadie oyó! ¡estaba tan lejos, y tan solo en aquel sitio!

¿Quién podia pensar que mientras casi todos los seres se entregaban al júbilo y la alegría, un pobre niño parecia desamparado en medio de los campos.

Ay! hijos míos; la voz de Ángel se apago entre el rugido del viento; el frio fué paralizando poco á poco sus miembros; sus ojos, en que brillaban las últimas gotas, de llanto, se fueron cerrando lentamente, su helada frente se dobló sobre el pecho, el árbol que le cobijaba empezó á volver sus hojas cargadas con el peso de la nieve..... Despues.... despues el campo quedó convertido en blanco sudario, y la figura inanimada de Ángel quedó envuelta entre sus anchos pliegues!

A la mañana siguiente unos leñadores encontraron el cuerpo de un niño helado y acurrucado aún bajo la nieve.

Era Ángel que habia muerto de frio, de miedo y de hambre en aquella noche cruel.

Y su madre? me preguntareis tal vez.

Su madre le esperó en vano toda aquella ve-

lada terrible y larga para su alma.

Lo que sufrió en aquellas horas, vosotros no lo podeis comprender; pero preguntárselo á vuestras madres, que ellas sí, ellas lo podrán medir.

Lo que acabo de referiros, no es un cuento forjado por la fantasía: es una verdad amarga, tan amarga, que aun la pobre María vive y padece en un hospital, ¡pero en un hospital de dementes!

¡Oh! hijos míos, niños queridos á quien he dedicado esta tristísima narracion, cuando veáis que un niño pobre os tiende su mano, recordad la historia del pobre Ángel, y no le negueis vuestros socorros, pensando que aquel no hubie-  
ra muerto si Julio se hubiese compadecido de él.

Dad limosna siempre que podáis; amparad sobre todo á los niños y á los ancianos. La caridad es la flor más bella que perfuma nuestra alma, es la virtud más hermosa y la que más agrada á Dios.

Partid, pues, partid con el necesitado vuestras ropas, vuestro dinero, vuestra comida; pensad que la infancia desvalida es la imagen del niño Jesús sobre la tierra, y que al darle una moneda, un pedazo de pan, un deshecho de vuestro vestido, lo dais á Aquel que tiene una Virgen por Madre, un cielo por morada, y una gloria sin fin para las almas caritativas.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

La niña suplicó á una de sus amigas, á la hija de un pastor de la hacienda, que velase por Martín mientras ella volvía, y emprendió el camino de la casa de Enriquez, con toda la lijereza de su afán y de sus pocos años.

En breve jadeante y rendida de fatiga, llegó á las puertas de aquella triste morada, y preguntó al primero que halló á su paso por Margarita.

—Aun no se habrá levantado quizá, la dijeron, y no puedes verla; espera si quieres.

—Esperar! pensó Andrea, esperar cuando las horas pasan tan deprisa; esperar! Oh, Virgen Santa! venid en mi ayuda y haced que no se fusre esta última esperanza!

En aquel instante, y como si este ruego hubiese sido oído por la Madre de Dios, una de las ventanas del piso principal se abrió, y la encantadora y rubia cabeza de Margarita apareció en ella, tendiendo en derredor una mirada. Sus ojos

tropezaron con Andrea, que la hizo una señal de muda súplica.

—¿Qué me quieres? la preguntó Margarita, inclinándose fuera de la ventana.

—Oh! es preciso que yo la hable á V., respondió Andrea, en cuyo semblante se pintaba una viva agitacion.

—¿Te envía acaso tu señorito? preguntó Margarita, que sabia que su amante tenia una ciega confianza en el padre de aquella niña.

—Sí, de él se trata, de él quiero hablar á V., murmuró Andrea al pie de la ventana.

—Sube, sube á mi cuarto, aquí nadie podrá oirnos; y abandonando aquel sitio, corrió ella misma á la escalera en busca de la hija de Martín.

Un instante despues las dos jóvenes estaban unidas, y mientras Andrea tomaba aliento, Margarita cerraba las puertas de su estancia para que nadie pudiese oirlas.

—Ya nadie nos oye, exclamó dirigiéndose á su compañera; nadie podrá venir á interrumpirnos, y por consiguiente, puedes hablar sin recelo; si él te manda, dime por qué no ha venido hoy, y por qué me ha tenido con tal impaciencia.

—Oh! no ha venido ni podrá venir; murmuró tristemente Andrea.

—¿Cómo! por qué? preguntó Margarita sobresaltada. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Puede ocurrirle.

—Explicate por Dios!

—Sí, á eso he venido. Dios sabe que no quisiera causarla á V. ningun pesar; pero las horas corren, corren con rapidez tan espantosa que no tengo un momento que perder.

—Pero habla! no ves mi afán? no ves mi ansiedad? él...?

—Debe batirse hoy.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—Batirse!

—Esa palabra creo que se usa para significar que dos hombres van á matarse uno á otro. Yo nunca la habia oído hasta ahora; y sin embargo la he grabado bien en la memoria.

—Pero, ¿quién es su el adversario? ¿quién le ha ofendido? mi hermano acaso....?

—No, no señora: su contrario es un hombre á quien todos desconocen, y de quien yo sola sé el origen.

—¿Tú? no te entiendo.

—Y sin embargo, es forzoso que yo lo diga todo: tenemos muy poco tiempo; pero no importa, es preciso.

—Sí, sí: ya te escucho.

—Su contrario se llama Armando; éste es su

nombre, el nombre que él no ha tenido inconveniente en decir; pero su título lo ha callado y su título es el de conde de Fuensanta.

—Conde de Fuensanta! yo creo que alguna vez lo he oído.

—Era un noble, cuyo castillo se hallaba cerca de aquí. Desde la torre de esta casa pueden distinguirse sus arruinadas almenas.

—Y qué hay de comun entre esos dos hombres?

—Una historia pasada.

—Y tú la sabes?

—Dios me ha hecho conocerla porque Dios no quiere que ninguna culpa quede oculta.

—Niña, me espantas y me trastornas con tus palabras. Qué culpa hay impune? quién es el criminal, y sobre todo, por qué mezclas el nombre del que amo á ese misterio?

—El criminal.... el criminal es un anciano á quien V. debe respeto y amor.

—Andrea!

—El criminal, señorita, es su padre de V.

—¡Mi padre! ¿te atreves á suponer...?

—No se ofenda V.: yo tambien he temblado al pronunciar esas palabras, porque tambien mi corazón de hija se ha revelado contra ellas.

—¡Como!

—Tambien mi acusacion cae sobre el que me ha dado la vida.

Margarita fijaba en Andrea una mirada extraviada.

No podia comprender lo que aquella niña queria decir, y sobre todo, ella no anhelaba entonces descifrar aquel misterio: queria saber solo qué peligro amenazaba á su amante.

Andrea comprendió todo esto en la expresiva fisionomia de Margarita, y murmuró para sí:

—Son apenas las diez: ellos no deben verse hasta el medio dia: tenemos aun tiempo, y además, para que entre las dos busquemos el medio de remediarlo todo; es preciso tambien que las dos sepamos toda la verdad.

Y entonces la hija de Martin, despues de suplicar á Margarita que la prestase atencion, empezó á referirle con todos sus menores detalles, la historia de la condesa Emma, conocida por ella la tarde anterior: las palabras de su padre durante su embriaguez y su delirio, los amores de Adriana con Armando, el encuentro de éste la tarde anterior; las ideas de venganza que abrigaba: todo en fin, con sus menores detalles, con sus mas pequeños incidentes.

Pero á medida que la niña hablaba, en la mente de Margarita se agitaba un pensamiento extraño que la habia hecho estremecer.

Mil recuerdos vagos, mil circunstancias ex-

trañas que hasta entonces no habia sabido definir, empezaban á tener una explicacion mas clara á sus ojos.

—Y dices, preguntó al fin con acento breve; y dices que tu padre robó una hija á la condesa de Fuensanta?

—Sí, señora; pero fué por orden de su padre de V. y para entregársela á él tambien.

—Y esa niña....?

—Era entonces muy pequeña: debia tener dos ó tres años.

—Pero Martin no ha dicho....? no has podido saber qué fué de ella?

—No, señora. Mas, qué tiene V.?

—Dios mio! mi padre me ha tratado siempre con tal rigor, con tan extraño desvio!

—Qué dice V.?

—Yo no he conocido á mi madre; mi hermano tampoco me ama.... ¡oh! si fuese....

—Señorita....

—Si fuese yo esa niña que la condesa lloró perdida!

—V.!! V.!!

—Si las palabras de ese anciano, si sus accesos de ira ó amor para mí fuesen hijas del remordimiento; si su deseo de que entrase en un cláustro fuese por ocultar allí mi origen...!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## AVE-MARÍA.

Composicion premiada con *áccesit* en el certámen extraordinario celebrado en honor de Nuestra Señora de la Fuensanta, el dia 9 de Setiembre de 1876, por la Institucion de los **Juegos Florales** de Murcia.

*Dios te salve María*, blanca paloma  
Madre del afligido, cármén de amores;  
No permitas que muera sin el aroma  
Que dan tus flores.

*Llena eres de gracia*, Virgen hermosa,  
Muchos son, é infinitos, tus grandes dones;  
Cuando llegue mi muerte, Madre amorosa,  
No me abandones.

*El Señor es contigo*, en Tí se encierra  
Sin que pierdas de Virgen la régia palma,  
No me abandones Madre, cuando la tierra  
Deje mi alma.

Tú que *Bendita* eres en tierra y cielo,  
Tú que nunca te apartas de mi memoria,  
Tú que vas dando vida, paz y consuelo,  
Dame la gloria.

*De todas las mujeres, Tú la mas bella,  
Del que triste navega brillante faro,  
Puro, dulce consuelo rauda destella,  
Dame tu amparo.*

*¡Cuán bendito es el fruto, Virgen piadosa  
Del inefable, santo, grande misterio!  
Con él Tú conquistaste, Madre dichosa,  
Feliz imperio.*

*De tu vientre bendito Jesus haciendo  
En seno tan dichoso morada tierna,  
Surgió mortal humano, mas prometiendo  
La vida eterna.*

*Santa María, rosa temprana,  
Luz desprendida  
Para la estrella de la mañana;  
Madre querida  
De un Dios tan santo,  
Oye benigna mi dulce canto.*

*Tú de Dios Madre mira tus hijos,  
Dales consuelo  
En sus quebrantos harto prolijos,  
¡Reina del cielo  
Qué bella eres!  
La mas dichosa de las mujeres.*

*Ruega por nos, rico tesoro,  
Dulce alegría,  
Á quien alaban plectros de oro,  
Sé tú mi gñía  
Noble señora,  
Sé tú el amparo del que te implora.*

*Yo de la culpa preso en el lazo  
Busco la calma,  
Y la clemencia de tu regazo,  
Quita del alma  
Tú mis dolores.*

*Madre de todos los pecadores.*

*Feliz ahora si vuestro manto  
Dame acogida;  
Pero en la hora del juicio santo  
Madre querida,  
Férvido anhelo,  
Que por mí seas puerta del cielo.*

*De nuestra muerte sé tierna guarda,  
Sé la tutela,  
Hazla Tú breve, Tú la retarda,  
Sé Tú la estela  
Del trovador,  
Dale tu gracia, dale tu amor.*

**Emilio Serrano Garcia.**

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

»Héctor cojió mi brazo con fuerza y me sacudió violentamente, diciéndome con ronca voz,—tú no harás eso, tú no harás eso porque antes....

—»Oh! grité aterrada y sin saber lo que decía; vas á asesinarme tambien como á Julio!

»Mi esposo tuvo un instante de vértigo sin duda.

»Temió que me oyesen, temió verse perdido por mí, y trastornado y loco, apoyó su mano en mis labios con tal fuerza que sofocó mi voz, y que casi cortó mi aliento.

»El espanto, la sorpresa, el pesar influyeron terriblemente en mi débil naturaleza.

»Sentí un dolor cruel en el corazon, y una bocanada de sangre tiñó la mano que cubria mi boca.

»Héctor horrorizado dió dos pasos atrás, y yo caí al suelo moribunda casi.

»¡Ay! aquella violenta escena me habia asesinado, rompiendo las últimas fibras de mi corazon.

»Cuando volví en mí estaba sola.

»¿Qué fué de él? lo ignoró! me creyó muerta y huyó, para librarse de toda responsabilidad, puesto que nadie quizá le habia conocido, ni podian saber quiénes éramos? juzgó que aquel accidente, hijo de la enfermedad que me aquejaba pasaria en mí, y quiso evitar mis reconvencciones primeras, y evitar así una segunda parte á aquel drama? no lo sé, pero yo estaba sola: sola, y sin vida casi.

»Hice un supremo esfuerzo, me levante, bebí un vaso de agua, y con una agonía inmensa intenté volver á mi casa.

»Dios solo sabrá medir la angustia y el afan con que pude lograrlo.

»Dios solo sabe lo que me ha costado subir las escaleras de mi pobre buardilla. Una vez allí mi pensamiento es escribir á mi padre recomendándole á mi hija, porque voy á morir, y escribir tambien al padre Diego de Alvarado mi confesor. Él sabe las amarguras de mi vida, él sabe lo que he sufrido, y rogará á mi padre que perdone á Héctor como yo lo hago al morir; por que voy á morir, estoy cierta de ello, lo siento en mí, apenas puedo sostener la pluma y oigo la sangre hervir en mi pecho, causándome una fatiga que me ahoga. ¡Oh! gracias, Dios mio, yo os doy gracias en esta suprema hora por

»haber permanecido firme en vuestra fé; yo os doy gracias porque muero católica, y porque al morir puedo fiar en vuestras manos á mi hija, ¡velad por ella y haced que mis palabras hallen eco en el corazón de mi padre, único apoyo que le resta! Y tú Elena mía, si lees algún día estos renglones, ama y perdona á tu padre, ten siempre por guía á Dios, y no olvides que si alguna vez salvas tú su alma, sonreirá feliz en el cielo la de tu infeliz y triste madre que te bendice al espirar.

CONSUELO.»

Cuando Elena acabó la lectura de aquellos papeles era ya casi de día.

Su rostro estaba pálido y demudado, y su frente purísima, inclinada bajo el peso de un profundo pesar.

La idea que Héctor era su padre, aquel padre de quien había vivido separada siempre, y cuyo nombre no habían pronunciado nunca junto á ella, tomaba á sus ojos más visos de verdad á cada momento.

Esta idea la hacía experimentar afectos bien encontrados.

Un padre es siempre sagrado para un hijo, si es culpable, si su vida encierra crímenes ó errores, solo Dios puede ser su juez, solo Dios puede marcar su frente con el estigma del culpado; pero al hijo solo le toca amar, y respetar y esto estaba dispuesta á hacer Elena.

Pero ¡ay! que recordando el pasado de su pobre madre y pensando en su porvenir, se preguntaba dolorosamente por qué hay criaturas destinadas á ser víctimas de una adversidad terrible y cruel.

La vida de Consuelo había sido una existencia de abnegación y sacrificio eterno, ¿cuál ¡ay! cuál iba á ser la vida de ella?

Extraño destino y suerte fatal se la presentaba.

Colocada entre D. Martín, á quien todo lo debía y entre Héctor á quien debía el ser; colocada también entre Ricardo y Fanni, ¿qué iba á hacer? ¿qué conducta podía seguir?

La pobre niña no podía darse cuenta de ello, y se confundía en un mar de temores y dudas.

Aun le quedaba sin embargo alguna esperanza.

Quizá las apariencias la engañaban, quizá el padre de su amiga, había vivido hasta entonces fuera de España y no era el Héctor de quien hablaban las memorias de su madre.

Esto hubiera sido preferible acaso para ella!

Y sin embargo, la idea de encontrar á su padre había despertado en su alma tan dulces emociones.

Hay criaturas destinadas á sufrir y á amar, que aceptan la desgracia con alegría, si las personas que las rodean pueden ser felices con ello, y ya lo hemos dicho, Elena era una de esas almas.

Su porvenir estuvo resuelto, desde que pensó que con su sacrificio podía hacer la dicha de Fanni.

Quedábale empero que convencerse de la verdad.

Ya era de día como hemos dicho, y la joven, volvió á guardar cuidadosamente aquellos papeles, resuelta á no confiar á nadie aquel secreto.

Procuró borrar las huellas de su insomnio y de las emociones sufridas en aquella pasada noche, y se dirigió, al cuarto de Don Martín, decidida á preguntar al anciano, y á informarse de todo cuanto pudiera tener relación con el nombre de su padre.

Elena no había pensado que aquellas preguntas iban á ser inútiles, puesto que el anciano nada sabía de los últimos años de la vida de Consuelo, ni del viaje de Héctor á Inglaterra.

Don Martín supo que había desaparecido, pero no el punto á donde se había dirigido, y le buscó inútilmente cuando Consuelo perdió la vida.

Sin embargo, Elena entró en su estancia y se sentó á su lado, diciéndole con dulce acento:

—Padre mío, es preciso que hablemos un instante.

Don Martín la miró sorprendido y respondió con cariño:

—Que hablemos? y de qué, hija mía?

—Oh! de una cosa que me interesa sobremanera.

—Á tí?

—Sí.

—Pues bien, hablemos.

El anciano sonrió dulcemente: creía que Elena iba á depositar en su pecho el secreto de sus amores con Carlos, y como aquellos amores eran el sueño dorado de su vida, esperó lleno de gozo las palabras de la niña, que vacilante y preocupada no sabía por dónde empezar.

—Vamos; olvidas que te escucho? dijo D. Martín procurando animarla.

—Es que dudo....

—¿Tan grave es lo que tienes que decirme?

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.